

Mi jefe tiene la casa llena de cuadros. Es un erudito del arte contemporáneo español: mi jefe publica catálogos y comisaría exposiciones; escribe libros y artículos sobre la materia; hasta hace poco tiempo, era catedrático del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de V. Ahora se ha jubilado. Pero no ha renunciado a su interés por el esteticismo y la cultura española contemporáneos. ¿Cómo se puede abandonar una temática a la cual se ha dedicado apasionadamente toda una vida? Casi siempre lo encuentro atareado con labores de investigación. A veces, cuando llego inmediatamente después del mediodía, se tumba en el sofá de la salita y ensueña unos minutos. Es un hombre dispar: tan constante como caótico en sus labores; tan mecánico y calculador en sus beneficios e intervenciones sociales como idealista e incluso romántico en su intimidad; tan caprichoso y repentinamente exigente como libérrimo después. Hay dictadores, opresores, opulentos carroñeros que explotan a las personas, hombres y mujeres despiadados que se sirven de la posición de poder que ocupan para erigir su gloria con sangre ajena. También hay monjas de la Caridad. Mi jefe no es un mecenas extremista. Él fue quien descubrió mis dotes. Podía haber sido otro. Él se hallaba en el lugar idóneo en el momento preciso.

Mi jefe tiene la casa llena de cuadros. En ocasiones también se le llena de aduladores. Los carroñeros se pelean por las migajas de su mesa: los elogios, las sonrisas y las buenas disposiciones se multiplican cuando mi jefe reparte faena. Contemplo indiferente a tan solícitos servidores mientras ellos, recelosos de mi presencia, preparan cuartos traseros,

colmillos y garras para cazar al vuelo las sobras de los banquetes de mi jefe. Uno de ellos, Jovel, agacha la cabeza con fingida mansedumbre mientras sus dedos se posan, intermitentes y veloces, sobre el teclado del ordenador portátil. Esta tarde trabaja solo con mi jefe. Acabo de llegar con mis labores almacenadas en un lápiz de memoria; Jovel se apresura para terminar las suyas y entregárselas a mi jefe. Me adelanto: una vez almacenadas mis labores en el disco duro del ordenador de sobremesa de mi jefe, quiero recoger mi nuevo encargo y marcharme cuanto antes. No me gusta la atmósfera de la casa. No me gusta el olor a polvo de libro viejo, a fuego de estufa de gas, a óleos encanecidos a la espera de ser colocados en el mercado con el máximo provecho por parte del vendedor; a dinero guardado en un calcetín, bajo una baldosa. No me gusta la luz de día triste cuando la tarde primaveral inspira las esperanzas de la próxima noche.

Mi jefe tiene la casa llena de cuadros: del recibidor a la cocina, del rodapié al techo, los óleos se despliegan en distintos tamaños y de modos diferentes. No hay un criterio estético o expositivo, sólo un modo de almacenamiento caótico, improvisado y, por desgracia, consolidado. La gigantesca librería que exhibe el conocimiento de varias décadas de estudios artísticos en el comedor se halla parcialmente cubierta por un lienzo de proporciones naturales que se apoya sobre ésta. La pintura plasma el retrato, un tanto clásico para la época, de una muchacha. La muchacha viste de azul marino: blusa ancha con escote, estampado blanco y una lazada en torno a éste, y falda larga por la cual asoman los tobillos juveniles enfundados en medias claras y los zapatos de mujer formal que hasta hace pocos años calzaban las ancianas cuando iban de

procesión. Lleva corta su melena castaña, tal vez debido a la infancia que acaba de abandonar, quizás como complemento de la moda que exhibe. Sentada en una silla de madera de estilo art decò, la muchacha mira fijamente al espectador. El color de sus mejillas refuerza el entusiasmo de su juventud; sus ojos pardos retienen la vida con un brillo tan real como inquietante.

— La hija de la Marquesa de H., en torno a 1930 — me dice mi jefe al notar mi interés por la obra —. Acababa de salir del internado donde fue educada. Falleció poco después de terminarse el cuadro.

Jovel acaba de entrar en el comedor para comunicarle a nuestro jefe la conclusión de su trabajo. Jovel mira maravillado el cuadro: es la primera vez que lo advierte tras dos meses y medio apoyado el lienzo en la librería. Ha escuchado la explicación de nuestro jefe y se interesa sobre el destino de aquella familia. La Marquesa de H. murió sin descendencia en 1956. Sus herederos, arruinados, se habían deshecho de viejas pertenencias. Mi jefe, consciente del valor de la pintura, había aprovechado la circunstancia.

— ¿Quién es el artista? — pregunto.

— Tiene la factura de Z — afirma mi jefe. Exhala un suspiro de codicia reprimida y añade —: Todavía no he buscado referencias acerca de la existencia de este cuadro.

Mi jefe y yo nos miramos intrigados; Jovel no le quita el ojo a la muchacha retratada. Los labios de la joven, rojísimos, advierten la primera de las pasiones femeninas que alejarán a la muchacha de la puerilidad que todavía asume: el capullo de la flor comienza a abrir sus pétalos, un hecho que confirman las mejillas encendidas. La muchacha dedica al espectador

una sonrisa vergonzosa, un gesto de complicidad con éste sobre los pecados que la joven intentará cometer en breve. Las finas cejas todavía rubias coronan sobre la frente pura la expresión de arrobo junto a un primer surgimiento, aún inconsciente, de lascivia. El rostro anuncia la culminación del proceso amoroso terrenal; el cuerpo, la base armónica de ese proceso. Con todo, la devoción romántica no se apodera de nuestras almas: mi corazón ya tiene dueña; mi jefe no siente atracción por el sexo opuesto. Ese atisbo de distanciamiento permite la perspectiva necesaria para percatarnos de que la sugestión no va dirigida al espectador, sino al pintor.

—Un trabajo excelente, de factura impecable — comenta mi jefe pasando los dedos por la pintura.

Jovel se ha perdido en la contemplación del cuadro. La mano de nuestro jefe le molesta: ladea la cabeza para esquivarla. El choque involuntario de mi zapato izquierdo con una silla mal colocada rompe el hechizo del cuadro. Nuestro jefe extiende entonces la misma mano que acaba de recorrer algunos centímetros de tela para exigir el trabajo concluido. El brillo que idiotiza a Jovel desaparece de sus ojos. Coloco la silla correctamente y me miro el zapato. Jovel entrega a nuestro jefe el lápiz informático con el trabajo terminado. Mi zapato presenta su deterioro habitual. Se produce un nuevo reparto de tareas.

—Vete al Archivo de la Ciudad, a ver si puedes averiguar algo sobre este cuadro — me dice mi jefe.

El Archivo de la Ciudad está a veinte minutos de la casa de mi jefe. Se me antoja un trayecto relativamente breve. Un funcionario me facilita la investigación recomendándome, en uno de los ordenadores del Archivo, parámetros de búsqueda

relacionados con el supuesto autor del cuadro. Encuentro el filón: un par de revistas, la primera de 1935, la segunda de 1983, asientan la historia del cuadro. La revista de 1935, especializada en arte y música, imprime en sus páginas una entrevista con el pintor, el cual comenta en un breve párrafo el encargo de la Marquesa de H. e insinúa el posterior alejamiento del artista con su eventual benefactora. En la revista de 1983, un suplemento cultural con aspiraciones a prensa rosa, la hija del pintor, ya desaparecido, resume algunas aventuras amorosas de su padre antes de conocer a su madre, entre las cuales figura la estancia veraniega de Z. en el cortijo de la Marquesa de H. en torno a 1927. La hemerografía consultada después confirma y amplía la historia que desentierran estas dos revistas.

Lleno mi carpeta de fotocopias y vuelvo a casa de mi jefe. La tarde agoniza. En casa de mi jefe la luz eléctrica se ha impuesto a la oscuridad. Entrego las fotocopias a mi jefe felicitándole por su acierto.

— ¿Una historia de amor con la Marquesa? — pregunta.

Su mirada descubre la verdad en la docena y media de duplicados que tiene entre las manos: cinco minutos de silenciosa lectura rápida desvelan la pasión secreta entre un pintor todavía joven que empezaba a ser reconocido y su modelo, una muchacha recién salida del internado, hija única de la Marquesa de H. Cada pincelada descubre el resplandor de la carne y el deseo que paulatinamente emergió del subconsciente femenino. El carácter prohibido de aquella aventura establecía un vínculo especial entre el artista y la retratada. Varias semanas de cerco debieron culminar en la conquista que la mano pictórica insinuó en el rostro de la joven como precedente inmediato a la explosión de la vida. De este modo,